



Roma, 9-13 / 05 / 2016

Solidaridad para la Vida en la Periferia

Hermana Mary Sujita, SND

Introducción

Me sorprende que la UISG pensara en invitar a una simple hermana de pueblo como yo a dirigirse a esta respetable asamblea. Estoy aquí como una voz desde la periferia. La Solidaridad Global por la Vida con los marginados es un tema muy querido por mí y, de hecho, por todos los religiosos. Felicito a la dirección UISG por centrarse en lo más importante para nuestro discipulado y misión hoy. Creo que los pobres siguen llevándonos al corazón de nuestra misión, a donde pertenecemos y, de hecho, al corazón mismo de Dios. Hoy, me gustaría ofrecer algunas sencillas reflexiones que fluyen principalmente de mis muchos años de experiencia vivida entre uno de los grupos más marginados de personas en Bihar, India, que ha dado forma a mi propia espiritualidad y ha cuestionado mi forma de ser religiosa y misionera.

Un tema recurrente en el Papa Francisco es el que él llama "la periferia" el movimiento de la Iglesia desde el centro a las periferias de nuestro mundo globalizado. Días después de su elección (3 marzo 2013), se acercó a la periferia cuando con claridad dijo: "Y ahora me gustaría una Iglesia que sea pobre y para los pobres." [*E come vorrei una chiesa povera e per i poveri!*] Desde entonces ha repetido el mismo reto una y otra vez: "Id a los pobres, id a las periferias". Hay un sentido de urgencia en su llamada y nos invita a rehacer la imagen de la vida religiosa y la misión de una manera radical, y encontrar nuestra verdadera identidad en las periferias. Se nos pide no sólo mirar alrededor para identificar las periferias, sino para identificar a las personas más abandonadas y marginadas de nuestro alrededor mientras nos ocupamos en nuestros ministerios apostólicos. Él sigue desafiándonos a nosotras y a toda la Iglesia, a salir de nosotras mismas para ir hacia la periferia y para protegernos del egocentrismo. En su encíclica *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco dice: "Prefiero una Iglesia que está magullada, herida y sucia porque ha estado fuera en las calles, en lugar de una Iglesia poco saludable por estar confinada y aferrada a su propia seguridad". El tema de esta Asamblea UISG es una clara respuesta a esta llamada de atención del Papa. Juntas, como mujeres consagradas, tenemos que buscar la relevancia y las implicaciones de esta llamada para nuestra vida y para nuestro compromiso apostólico con el mundo de hoy. Esta Asamblea es un momento privilegiado para hacer un examen de conciencia y hacerse algunas preguntas difíciles. Como personas, comunidades, instituciones y congregaciones, ¿dónde estamos principalmente ubicadas?, ¿dónde y por quién somos más vistas y oídas?, ¿hacia dónde nos está guiando el Espíritu a reubicarnos como profetas del Reino de Dios? ¿Podemos unir nuestras mentes y corazones para buscar una respuesta?

Jesús: el Hijo de Dios de las periferias

Vemos en Jesús que la solidaridad no es sobre lo que hacemos, sino más bien, ¡cómo vivimos! Es sobre nuestro personal y comunitario testimonio de vida. Es sobre nuestras relaciones. Jesús podía hablar y actuar con libertad y autoridad porque hablaba desde su profunda experiencia de Dios. Jesús aprendió la solidaridad desde el corazón de su amado Abba, unidad total con su Abba y, en consecuencia, se relacionaba con todos como hermanos y hermanas. Para nosotras, como consagradas también esta permanente intimidad divina es el requisito fundamental para implicarnos en solidaridad, y desplazarnos hacia las periferias con el corazón y la mente de

Jesús. Solo cuando el Espíritu de Dios guía nuestra vida podemos sobrellevar, escuchar y entender lo que Dios quiere decirnos. No podemos ser mujeres animadoras de la misión de Jesús, mujeres de solidaridad mundial y constructoras de la paz, a menos que vivamos una vida ascética y una intimidad contemplativa con Dios.

*El bautismo de Jesús, fue un momento definitivo en su vida y misión. Fue cuando Dios descendió sobre él y asumió su destino (Mc 1, 9-12). Fue entonces cuando proclamó públicamente su unidad con la condición de todo el pueblo, y tomó totalmente la realidad de la humanidad. Cuando Jesús inició su misión, se encaminó hacia todos los marginados, los anawim, los de la periferia, tanto si eran económicamente o socioculturalmente marginados. Era muy consciente de las estructuras injustas que han creado la marginación y la pobreza. El Dios de Jesús es un Dios compasivo que escucha el grito del pobre, la viuda y el huérfano. (Dt 10: 17-18; Sal 68: 5) Jesús entró en los sufrimientos y las luchas de los pobres y vivió en solidaridad con ellos. Su estilo de vida, el tipo de seguidores que eligió, y el centro de su ministerio son expresiones de su identificación y solidaridad con los de las periferias. El movimiento de Jesús fue profético y contracultural y, por lo tanto, revolucionario desde el principio. **¿Cuál ha sido uno de sus momentos bautismales como mujer consagrada a la misión de Jesús? (Compartir en las mesas)***

Jesús fue profundamente contemplativo, intensamente humano en sus relaciones personales y auténticamente radical en su opción social. Fue un místico dado a la contemplación, la oración en soledad y silencio. “Pero Él se retiraba a lugares desiertos para orar” Lc 5,16. “Al mismo tiempo fue una persona de intensa acción y compromiso radical” (Tissa Balasuriya, Globalización y Solidaridad Humana). Cuando estamos enraizados en Dios, somos empujados desde el interior a salir de nuestras comodidades y a ser proféticas, arriesgadas y sanadoras cuya presencia y testimonio pondrá a prueba los poderes opresivos y divididos de nuestra sociedad. El espíritu de la libertad y el amor es fundamental para la construcción de la solidaridad mundial para la plenitud de la vida. Según George Soares-Prabhu, SJ, uno de los aspectos más significativos de la espiritualidad de Jesús fue “libertad y amor, que conduce a la identificación con la pobreza y la confrontación con los que sustentan el poder”.

Jesús fue un verdadero "cruce de fronteras" cuando se acercó a muchas de las fronteras religiosas, sociales y económicas herméticamente cerradas de su tiempo. Fue este cruce de fronteras que lo llevó a la cruz. La transformación que estaba provocando incomodó a todos los que vivían en la comodidad de su propia justicia. Hoy en día, nosotras tenemos el desafío de identificar y cruzar las fronteras confortables y firmemente mantenidas de nuestra vida religiosa y pasar a las periferias. Me pregunto si estamos reduciendo el "ardor profético" en nuestra llamada usando la última terminología profética, teológica y sociológica que nos provoca la agradable sensación de hacer la misión de Dios, incluso cuando estamos ocupadas con nuestra propia misión de conservar el pasado, proteger nuestras instituciones o legitimar el presente. ¿Cómo podemos recuperar el ardor original de la misión de Jesús y el ardor fundacional que hemos heredado como congregaciones para que nuestras energías creativas se liberen para la edificación del Reino de Dios? Que cada una de nosotras se pregunte a sí misma: ¿Qué "fronteras" he cruzado para ir hacia las periferias durante los últimos 3-5 años en respuesta a las urgencias de la Iglesia y del mundo?

El contexto de nuestra misión hoy – las periferias de nuestro mundo globalizado

La realidad y crisis del siglo XXI presenta enormes retos a nuestra forma habitual de ser y hacer las cosas. Nuestro mundo está en crisis. Algunos de los signos fundamentales son las fracturas y divisiones evidentes entre la extrema pobreza, la degradación ecológica, los conflictos violentos y las guerras, y las consecuencias de la mega-inmigración y de la trata de personas que nosotros los humanos continuamos tolerando y aceptando como “nueva normalidad”. Frecuentemente oímos que acompañar a los mil millones más pobres hacia la plenitud de la vida es nuestra llamada de los tiempos. ¿Pero, qué significa esto cuando decimos que estamos llevando a cabo la misión de Jesús hoy, allí donde muchos están hambrientos, son perseguidos, expulsados y marginados; donde la falta de vivienda va cada vez en aumento; donde los seres humanos, creados a imagen de Dios, son objeto de trata, abusos, son vendidos y discriminados por motivos de raza, casta, género, religión, origen; donde los recursos de la tierra son saqueados por la codicia de los poderosos; donde las formas modernas de esclavitud están en aumento; donde la política se ha convertido en un arma de opresión y de injusticia; donde el fundamentalismo religioso está destruyendo los pueblos y las naciones? Sabemos que todos los problemas sociales de este siglo son de naturaleza

global. Estas cuestiones nos llaman a una nueva presencia en la solidaridad mundial, una nueva manera de vivir nuestra opción por el Evangelio para los pobres en el mundo de hoy. No podemos por más tiempo reducir la misión a algunos ministerios tradicionales institucionales y a las buenas obras de caridad (¡que son necesarias!) ¡Y quedarnos satisfechas!

Sesión debate: Pensar una palabra, frase, sentimiento o imagen que describa nuestro mundo hoy. (Compartir en el grupo mesa)

Echemos un vistazo rápido a algunas de las periferias que nos llaman a la acción profética hoy (este tema será tratado en otras intervenciones).

Vivimos en un mundo de pobreza deshumanizante: Según *The Economist*: La riqueza global se ha incrementado de \$117 trillones en 2000 a \$262 trillones en 2014. Sin embargo, el 94.5% de la riqueza doméstica es propiedad del 20%. ¡La brecha entre los ricos y los pobres se está ensanchando! Hoy, un 22% de la población mundial vive con menos de \$1.25/día. Es una realidad impactante que cada día uno de cada cinco personas de la población mundial, que es de unos 800 millones de personas, pase hambre, y que cada 20 segundos un niño muera de una enfermedad relacionada con el agua. ¿Cómo nos afectan estas realidades?

Vivimos en un mundo en conflicto: El Papa Francisco habla de una tercera Guerra Mundial no declarada que se está combatiendo de muchas formas y en muchos lugares, conectadas en red de forma invisible. Estos conflictos suelen ser causados por cuestiones territoriales, geopolíticas, lucha sectaria y étnica, fundamentalismo religioso y codicia por los escasos recursos. Cada año, al menos 250.000 personas mueren en los conflictos armados y millones son desplazados fuera de sus casas y convertidos en refugiados. En la actualidad hay un total de 66 países implicados en guerras, más de 686 milicias (guerrillas y separatistas) involucrados en conflictos violentos en diferentes partes del mundo. ¿Cuál es nuestra contribución práctica a la construcción de la paz?

Vivimos en un mundo de inmigrantes, refugiados y en busca de asilo: Según la Comisión de las Naciones Unidas para los Refugiados, el número de refugiados y desplazados, más de 60 millones, es la cifra más elevada desde la Segunda Guerra Mundial. Esto significa que una de cada 122 personas en todo el mundo es un refugiado, y la mitad de ellos son mujeres y niños. ¡Sí, nuestro mundo es un mundo de refugiados! Estas personas han sido desplazadas por la fuerza como resultado de la persecución, los conflictos de todo tipo, la violencia o la violación de derechos humanos. ¿Cuál es nuestra respuesta colectiva a una de las mayores tragedias humanas de nuestro tiempo? (este tema será tratado en otras intervenciones).

Vivimos en un mundo que permite la trata de personas: El Papa Francisco nos ha dicho sobre la trata de personas: "Una herida abierta en el cuerpo de la sociedad contemporánea, una plaga sobre el cuerpo de Cristo, es un crimen contra la humanidad". Se estima que 27 millones de personas son objeto de trata en el mundo de hoy, ¡la cifra más alta registrada en la historia! La trata de personas es la tercera industria criminal más grande sólo por detrás de las drogas ilegales y el tráfico de armas, ("Proyecto Libertad de la CNN", consultado el 4 marzo 2015). La trata de mujeres y niños para la explotación sexual es la empresa criminal que ha crecido más rápidamente en el mundo. La desigualdad de género y las leyes discriminatorias atrapan a las mujeres en la pobreza, y fracasan para protegerlas de la violencia, haciéndolas vulnerables a la prostitución y a la trata. Durante los últimos años, un número de religiosas se ha introducido en este ministerio desafiante y está cambiando las cosas entre las personas objeto de trata. ¿Realmente hemos explorado y utilizado el enorme potencial que tenemos como mujeres y religiosas para una solidaridad global más pronunciada y profética que pueda desafiar los sistemas y estructuras que siguen creando y sosteniendo este horrible crimen?

¿Estas "periferias" nos desafían a ser mujeres de solidaridad global? Nuestra creciente conciencia de la situación del mundo lleva consigo un aumento de la responsabilidad hacia las personas que se ven obligadas por las estructuras, los grupos y los individuos a seguir siendo pobres y marginadas. San Juan Pablo II en la *Sollicitudo Rei Socialis* nos recuerda que la solidaridad "no es un sentimiento de compasión vaga o de sufrimiento superficial por las desgracias de tantas personas, cercanas o lejanas. Por el contrario, se trata de una determinación firme y perseverante de comprometerse por el bien común, es decir, por el bien de todos y de cada uno, porque todos

somos verdaderamente responsables de todos". La solidaridad significa la voluntad de considerar las injusticias cometidas contra los otros como no menos graves que la injusticia contra uno mismo. La solidaridad auténtica requiere una comprensión a nivel de corazón de nuestra llamada profética y un compromiso total con el movimiento de Jesús para la liberación integral de toda persona humana. Se requiere una acción común nuestra, como personas consagradas, junto con todos los hombres de buena voluntad, a abordar las causas fundamentales de la injusticia y las fuentes de la violencia en nuestro mundo.

La auténtica solidaridad significa compromiso con las personas reales, especialmente los pobres y marginados de nuestro tiempo. El Papa Francisco nos recuerda que "Una palabra clave que no hay que temer es "solidaridad", es decir, saber cómo poner a disposición de Dios lo que tenemos, nuestra humilde capacidad, porque sólo compartiendo nuestras vidas, vamos a fructificar" (30 mayo 2013 homilía en la basílica de San Juan de Letrán en Roma). En repetidas ocasiones nos insta a vivir nuestra solidaridad yendo a las periferias existenciales de nuestro mundo moderno. Como congregaciones religiosas, nos invita a desplazarnos del centro de gravedad de nuestras obras apostólicas. Una y otra vez desafía a toda la Iglesia, a salir de sí misma e ir hacia la periferia y ¡a protegerse del egocentrismo! ¿Reconocemos a las personas más olvidadas y marginadas que nos rodean? Esto toca el núcleo más profundo de mi ser cuando despierta a las implicaciones radicales que nos dijo Jesús en Mateo 25. Al final de todo, Jesús, a quien llamamos nuestro Amado y Señor, por quien hemos dejado todas las cosas, tiene un grupo de "periferia"- *preguntas centrales para nosotros, sobre nuestra relación con los marginados y necesitados. ¿Diste de comer a los hambrientos? ¿Diste de beber al sediento? ¿Acogiste al extranjero? ¿Vestiste al desnudo? ¿Visitaste a los enfermos? ¿Visitaste a los prisioneros? En el contexto de nuestras realidades actuales, ¿quiénes son estos hambrientos, sedientos, sin hogar, desnudos, enfermos, presos en los que Cristo está en agonía?* (Cf. Ronald Rohlheiser) ¿Cuáles son las implicaciones prácticas para nosotras, religiosas que estamos *negociando* seriamente un estilo de vida en solidaridad mundial para la plenitud de la vida que Jesús ha prometido para todos?

Nuestro sincero compromiso con la justicia y la preocupación activa por los pobres es una parte absolutamente no-negociable para vivir nuestra fe y discipulado. Hoy en día hay mucha teología y libros acerca de la opción radical por los pobres y necesitados. Aunque me sienta cómoda en el plano conceptual, ¿dónde estoy en la práctica, en solidaridad con los pies en el suelo, con los pobres? ¿Mi vida de oración, mi espiritualidad, mi estilo de vida, mi forma de vida en comunidad, mi forma de llevar a cabo mi ministerio se siente impactado por mi radical preocupación, como Cristo, por los pobres? Yo también soy parte del sistema que crea y sostiene la pobreza y la explotación. Todas las cosas que me gustan, todas las comodidades que doy por sentadas, todas las seguridades de las que me siento con derecho deberían desafiarme a compartir incluso más allá de mis necesidades y a vivir una espiritualidad de suficiencia. Siento que tenemos la idea religiosa del "ciento por uno" ¡todo confundido, para satisfacer nuestras necesidades para una vida confortable! La vida consagrada siempre significará vivir en el borde y participar en las luchas, las inseguridades de las periferias. Me gustaría que pudiéramos pedir a los pobres que nos dieran una evaluación honesta de nuestra vida consagrada según la ven y tienen experiencia.

Reconocemos humildemente que, a pesar de todos los problemas globales de injusticia que nos rodean, podemos hacer muy poco como individuos o incluso como comunidades y congregaciones. Pero imagina si cada religiosa llegara a unas pocas personas en los márgenes, ¡cómo se transformarían las periferias en islas de la esperanza! Permítanme compartir con ustedes una de mis muchas experiencias mientras viví con los más pobres de los pobres Musahars en Bihar. A finales de 1970, varios de nosotros, religiosos y religiosas, sentimos la llamada a vivir la solidaridad con los pobres de una manera radical. Algunos decidimos compartir la suerte de uno de los grupos más necesitados de la India del norte, viviendo entre ellos en sus pequeñas chozas de barro y compartiendo sus luchas. Tuvimos que encontrar nuestras propias formas de vivir nuestra comunidad religiosa y rezar en esta nueva realidad. Un día, la pobre señora, Punia, con quien estaba compartiendo la cabaña, perdió a su hija de 3 años de edad, por la mañana y a su hijo de cinco años de edad más tarde, el mismo día, debido a un brote de cólera. Yo estaba destrozada y molesta de que Dios permitiría que tal cosa sucediera a estas personas pobres y desvalidas. Estaba enfadada con el sistema que permitía esta completa pobreza y miseria. Todo lo que podía hacer era llorar en solidaridad con todas las mujeres que lloran en ese pueblo. El Papa Francisco, en su homilía, el 8 julio 2013, dijo: "Somos una sociedad que ha olvidado cómo llorar, cómo experimentar la compasión, el sufrimiento con los demás; ¡la globalización de la indiferencia nos ha usurpado la capacidad de llorar!".

Mi experiencia de ese día dio lugar a un aluvión de preguntas, las preguntas sobre el sentido de mi vida consagrada, mis votos y mis ministerios en el contexto de este tipo de terribles tragedias que continuamente ocurren en la vidas de millones de marginados en nuestro mundo. ¿Cuál es mi verdadera identidad? ¿Soy quien digo ser como religiosa? ¿Quién se está beneficiando de mi vida consagrada? ¿Mi vida está cambiando algo la vida de los más necesitados? ¿Cómo también yo sucumbo al consumismo, estoy contribuyendo un sistema que permite a estos pequeños que mueran? Escuchando a los pobres con compasión y permitiendo que toquen nuestras vidas es, de hecho, una mutua experiencia transformadora. Sabemos por experiencia que los pobres nos pueden enseñar lecciones de vida que superan toda teología y ciencia. Todo lo que necesitamos es estar presentes en medio de ellos con la Presencia de Cristo y estar presentes para el presente.

Sesión debate: ¿Cómo ha impactado mi vida como religiosa sobre los marginados: los pobres, los sin techo, los explotados, los destrozados?

¿Cuáles son algunas de las posibles formas de desarrollar nuestra solidaridad global?

El **diálogo**, religioso e intercultural, siempre será un medio poderoso para fortalecer la solidaridad mundial para la vida. El Papa Francisco con frecuencia habla acerca de la preeminencia del diálogo como medio de resolución de conflictos y la construcción de la solidaridad mundial. Durante su visita a Sarajevo en junio de 2015, dijo: "El diálogo interreligioso... es una condición indispensable para la paz... El diálogo es una escuela de humanidad, constructora de unidad, lo que ayuda a construir una sociedad". El diálogo ayuda a uno a acercarse a la verdad sobre Dios y lo que significa el ser humano. El diálogo interreligioso, la inculturación y la solidaridad con los pobres en su lucha por la dignidad humana son tres dimensiones importantes de nuestra misión hoy. Nelson Mandela dijo: "Si quieres hacer las paces con tu enemigo, tienes que trabajar con tu enemigo. Entonces se convierte en tu compañero". Creo que, como religiosas, tenemos un enorme potencial y posibilidades de ser negociadoras de la paz abriendo puertas a la reducción de la ira, la reconciliación, la mediación y la sanación. Pero, ¿estamos lo suficientemente preparadas y a punto para iniciar y fomentar una cultura de diálogo a diversos niveles?

Dialogar es una forma de vida. Recuerdo una de mis experiencias durante mi vida entre los pobres. Dos de nosotras compartimos una pequeña choza de barro con una familia pobre en un pueblo hindú. En la cabaña contigua vivía una mujer de edad avanzada muy religiosa que hacía su diaria *puja* (rituales de adoración) en la piedra sagrada que había recogido en un rincón de su pequeña cabaña. Como hermana joven, educada y entusiasta pero inexperta, me quedé con las ganas de revolucionar la condición miserable de los "supersticiosos y analfabetos pobres". Un día me encontré con mi anciana amiga mientras terminaba su culto y no pude resistir mi deseo de decirle la falta de sentido que tenía adorar la "piedra" y así que le dije, "Nani [abuela], ¿por qué adoras la piedra? Dios no está en esa piedra. Dios vive en nuestros corazones." Su única respuesta fue una mirada de amor y una sonrisa suave. El domingo siguiente, se celebró la Santa Misa en nuestra cabaña del pueblo y mi vieja amiga vino y se sentó junto a mí. Después de la comunión, mientras oraba, ella me empujó suavemente y me susurró al oído: "Escucha, hija, ayer dijiste que mi Dios no estaba en la piedra. Pero entonces, ¿cómo es que tu Dios está en el pan que acabas de comer justo ahora?" Me quedé sin habla. Fue esta pregunta puntual de mi analfabeta amiga la que me hizo entender que la humildad, la compasión y el respeto profundo eran ingredientes esenciales de la verdadera comunión y diálogo que transforman las relaciones. Sí, los pobres son nuestros mejores maestros en el arte del diálogo y la solidaridad.

La interculturalidad es otra poderosa expresión de la solidaridad global en nuestro mundo intercultural. Dentro de una congregación y entre congregaciones, nuestra interculturalidad que se centra en Jesús, compartiendo una visión y misión común, es un poderoso testimonio en nuestro mundo roto y dividido. El P. Anthony Gittins dice, "la interculturalidad es un auténtico discipulado vivido por personas culturalmente diferentes juntas... [Es] no es fácil pero es deseable y urgente... la interculturalidad es el futuro de la vida religiosa internacional. A menos que las comunidades internacionales se conviertan en interculturales, no sobrevivirán" (2011 Congreso de la Conferencia de Formación Religiosa).

Si ponemos nuestra llamada a la interculturalidad a disposición de los más marginados, tendrán mucho que decirnos acerca del don de nuestra interculturalidad. Creo que el testimonio de una comunidad intercultural puede desempeñar un papel crucial en el proceso de reconciliación y sanación entre los pobres, los refugiados, los

habitantes de los suburbios, y todos aquellos que se han visto obligados a vivir en una realidad multicultural y multirreligiosa. El testimonio de una vida de armonía en medio de los conflictos culturales, sociales y religiosos es de hecho una marca visible y creíble del Reino de Dios. Mi experiencia es que vivir inmerso en la vida y las luchas de los marginados dará una nueva perspectiva a nuestros propios desafíos interculturales. La formación para la interculturalidad tiene que convertirse en una prioridad para todas nosotras.

Juntas globalizamos la solidaridad y la esperanza

El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos recuerda: "La solidaridad internacional es una exigencia del orden moral; la paz del mundo depende en parte de esto. "Pero ¿por qué es el compromiso con la solidaridad tan difícil de lograr? La solidaridad mundial es posible sólo cuando tenemos un sentido de solidaridad entre nosotras mismas y un sentido de solidaridad con los millones que sufren en las periferias. Si realmente creemos en la solidaridad como un valor fundamental de la vida, tendremos que encontrar formas y medios para abogar por la solidaridad a todos los niveles, incluyendo la esfera política. Si nosotras, religiosas, queremos abrazar la solidaridad global como una forma de vida y convertirnos en una presencia transformadora en el mundo de hoy, entonces vamos a tener que poner nuevas instituciones y estructuras en el lugar en el que se dé testimonio de este valor y se promueva más allá de todas las fronteras.

A medida que más y más congregaciones se enfrenten a la disminución, si no vamos con cuidado, podemos ensimismarnos, centrando la mayor parte de nuestra energía física y espiritual, recursos y prioridades en nuestra disminución, la falta de vocaciones, los desafíos de mantener nuestras instituciones en un tiempo pasado florecientes y seguras. La pregunta es: ¿Quién de nosotras, llamadas a la vida consagrada en este tiempo de la historia del mundo, se arriesgará a salir de sus seguridades y comodidades (¡que erróneamente percibimos como nuestro *cien veces* por seguir al pobre hombre de Galilea!) para ir a las periferias existenciales y geográficas con el mensaje evangélico de esperanza, alegría y vida en abundancia? ¿Podemos decir con convicción y compromiso que no queremos que nuestros carismas sean tan institucionalizados y centralizados que se pierda el "aguijón profético" inherente a nuestra llamada al discipulado y la misión? Cuando nos exponemos a la vulnerabilidad de la vida y de la misión en las periferias, descubrimos nuestra verdadera identidad y propósito en Cristo.

Vamos a recordar con gratitud a aquellas religiosas, es posible que algunas de sus propias congregaciones, que están respondiendo a los ministerios de solidaridad global más allá de los ministerios tradicionales e institucionales de la congregación. Ellas han puesto su tienda entre los más pobres de los pobres, los inmigrantes, los refugiados, las personas objeto de trata, trabajadores sexuales, personas que sufren de adicciones, discapacidades físicas y psicológicas. Hay algunas religiosas que trabajan hoy en día con el gobierno, con ONG afines, y grupos y organizaciones como las Naciones Unidas especialmente en las áreas de trata de personas, el empoderamiento de las mujeres y las niñas, la inmigración y las cuestiones de derechos humanos. Se dedican a la promoción y presión a distintos niveles para garantizar las políticas y leyes adecuadas en favor de los más necesitados y marginados de la sociedad. Es sólo un comienzo, y por lo tanto, la cuestión que nos ocupa hoy es la misma que fue planteada por el joven rico del Evangelio: ¿qué más nos queda por hacer, como discípulas de Jesús, en nuestra fidelidad a Cristo y a su misión? ¡El futuro de la vida religiosa se decidirá en las periferias donde Cristo está en agonía! Para servir a favor y con los pobres, tenemos que alejarnos de nuestra posición privilegiada de poder, control y seguridad y desplazarnos existencialmente hacia las periferias. Es allí que vamos a redescubrir el "programa de Jesús" y daremos testimonio de su misión de unidad, comunión y solidaridad global. Esta llamada tiene que ser conocida fuera de nuestras fronteras congregacionales y eclesiales con el fin de reunir el potencial transformador en los corazones de todas las personas de buena voluntad de nuestro mundo herido.

Conclusión

Como mujeres consagradas y comprometidas en nuestro mundo, ¿cuál es nuestro mensaje de esperanza hacia los más débiles, los menos poderosos y los más pobres en las nuevas periferias de nuestra sociedad? Si toda religiosa hoy pudiera hacer una pausa y escuchar, tal vez oiríamos de nuevo el deseo de Jesús: "*Padre, que sean uno como nosotros somos uno*" (Juan 17: 21). También tenemos que escuchar la angustiada pregunta que nos dirige: "¿Por qué sois tan cobardes? ¿todavía no tenéis fe?" (Marcos 4: 35-41). Hermanas, nosotros que lo tenemos todo, y

nos encontramos entre las mujeres privilegiadas de nuestro mundo; ¿de qué tenemos miedo? ¿Cuál es la raíz de nuestra cobardía y miedo? ¿Por qué tenemos miedo del futuro, cuando sabemos que Dios da forma a nuestro futuro como ha hecho en nuestro pasado más allá de nuestras expectativas? ¿Realmente creemos en Jesús? o ¿es nuestra fe sólo un concepto teológico que fácilmente explicamos y enseñamos a los demás? ¿Estamos a punto para cruzar al otro lado, donde una nueva forma de ser religiosas, una nueva manera de relacionarse con todos nuestros hermanos y hermanas, especialmente con los de la periferia, colaborando con la Madre Tierra, nos espera?

El clima que estamos viviendo entre nosotras como religiosas y en la Iglesia en general es algo así como volver a nuestras raíces. Teológicamente y bíblicamente, es un momento ¡Kairos! El modo cómo elijamos responder a este momento, decidirá el futuro de la vida religiosa ministerial. ¿Qué es "lo más" y "lo diferente" que estoy dispuesta a arriesgar en mi misión profética hoy para asegurar que males como la trata de personas, el turismo sexual, el abuso de niños y mujeres, y la destrucción del medio ambiente no tengan lugar en nuestro mundo? Como religiosas de este milenio, estamos llamadas a ser la Eucaristía que se toma, bendice y parte para ser compartida en este mundo que Dios ama tanto, este mundo que está en el caos y en la oscuridad. Este compartir la Eucaristía radical va mucho más allá de la oración por el pueblo de Dios y el mundo de Dios y de algunas obras de caridad, ¡aunque son muy necesarias! Al igual que Jesús, estamos llamadas a impregnarnos con la "osadía divina" que fluye de la pasión por Dios y de la compasión activa por el pueblo de Dios, especialmente por los más débiles.

Es urgente encontrar nuevas formas de relacionarse entre nosotras como religiosas, una nueva forma de compartir nuestro carisma y participar en la misión común y por lo tanto la celebración de "todas las cosas en común", más allá de nuestra congregación y de las fronteras nacionales. Esta es la urgente necesidad de hoy. Como líderes de sus congregaciones, es necesario preguntarse: ¿dónde quiero que estén nuestras hermanas, nuestras comunidades, nuestra congregación en este mundo globalizado, conectado y sin embargo dividido, un mundo que está afectado por el fundamentalismo violento, un mundo de mega inmigración, un mundo de disparidades extremas entre los que tienen y los que no tienen, un mundo de hambre de deshumanización y de riqueza escandalosa? ¿Cómo podemos crear y ampliar espacios de solidaridad mundial y creación de redes, con hombres y mujeres, religiosos y laicos, ONG y otras organizaciones a medida que avanzamos hacia las periferias de la pobreza, la exclusión y la injusticia? Las opciones que se nos presentan son muy limitadas: o vivir una vida religiosa profética, con todas sus consecuencias de dar testimonio de la vida y la misión de Jesús, o desaparecer como realidad irrelevante.

Déjeme concluir con las palabras de Miriam MacGillis, OP, "Estamos en un momento en que no hay garantías sobre el futuro de la Tierra. ¿Cuáles son las nuevas fronteras que nos atraen por las cuales estaríamos dispuestas a sacrificar alegremente nuestros valores, nuestras comodidades...? Es una cuestión que afecta nuestras propias decisiones fundamentales. Y creo que sentimos profundamente la necesidad de una visión transformadora... una visión que abre el futuro a la esperanza".

Preguntas para el comentario en grupos

1. ¿Cuál cree que son los aspectos no-negociables de nuestra vida y misión como religiosas, independientemente del contexto en el que vivamos?
2. ¿Qué significaría para usted y su comunidad comprometerse con las nuevas periferias de nuestro mundo globalizado en el espíritu de la solidaridad mundial? ¿Cuáles son las periferias reales que nos invitan en este momento?
3. ¿Cuáles son algunas de las implicaciones prácticas de un compromiso con un estilo de vida y servicio con la solidaridad mundial? ¿Cómo un compromiso de este tipo cambiaría la comprensión y estructuras de nuestra actual forma de vivir la vida religiosa?

Referencias:

1. Albert Nolan, OP. *Spiritual Growth and the Option for the Poor*. 1984.

2. Papa Benedicto XVI. *Deus Caritas Est*. 2005.
3. Papa Juan Pablo II. *Sollicitudo Rei Socialis*. 1988.
4. Sandra Schneiders. *The Ongoing Challenge of Renewal in Contemporary Religious Life*. A Paper delivered at CORI (The Conference of Religious of Ireland), Malahide, Co Dublin, 25th April 2014.
5. Timothy Scott, CSB. "Pope Francis and the Periphery" CRC Bulletin, Vol 11, Issue #1. Winter 2014
6. Ronald Rohlheiser, OMI. "A Prophetic Mantra about the Poor". August, 2011.
7. S.Kappen, SJ, ed. *Jesus Today*. An AICUF Publication, India.
8. Sister Mary Sujita. Input for the General Chapter of the Medical Mission Sisters, Pune, India, October, 2015.
9. George M Soares-Prabhu SJ. "The Spirituality of Jesus as a Spirituality of Solidarity and Struggle".
10. Globalization and Human Solidarity by Tissa Balasuriya- from material prepared for Religion Online by Ted & Winnie Brock.)

Hermana Mary Sujita, SND

Nació en Kerala, India, la hermana Mary Sujita entró en la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora como misionera en Bihar, Norte de la India. Finalizada su formación inicial en la vida religiosa en el norte de la India, la Hna. Sujita cursó sus estudios universitarios en Bombay, un Master en Trabajo Social y un Diploma en Medios de Comunicación. Fue la superiora general de su congregación durante dos periodos.